



**MEDITACIÓN ANTE
NUESTRO PADRE JESÚS DE LA
PASIÓN**



*ARCHICOFRADÍA
SACRAMENTAL DE PASIÓN*

Salvador Alegre Albendea

16 de marzo de 2024

INTRODUCCIÓN AL SEÑOR

Jesús de la Pasión, tú que conocías el cáliz que debías beber y aun así te entregaste a la voluntad del Padre, abre nuestros corazones y no permitas que la razón nos engañe, ilumina nuestro camino para anunciar la palabra de Dios en tu nombre.

Señor, tú que eres el verbo encarnado, me pongo ante ti para poder hablar a mis hermanos, pero que, con la gracia del Espíritu Santo, sea tu mensaje el que abra sus oídos, no dejes que sean mis palabras sino las tuyas las que resuenen en mis labios.

SALUDO Y AGRADECIMIENTOS

Señor Rector de la Iglesia Colegial del Divino Salvador y Director Espiritual de nuestra archicofradía, Hermano Mayor, Diputado de Juventud, Junta de Gobierno, acólitos y hermanos del grupo joven, capiller, familiares, amigos, ...

Me encantaría poder dedicaros, aunque fuese un segundo a cada uno de los aquí presentes de manera personal, ya que la gratitud y el cariño que os tengo bien lo merece y querría expresarlo. Podría estar un buen rato simplemente hablando sobre cada uno y contar lo que habéis supuesto para mí en esta hermandad, pero no ha lugar. De esta manera os digo que realmente es cierto y podéis hacer vuestro este nombramiento cuando digo:

Queridos hermanos de la ARCHICOFRADÍA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO Y PONTIFICIA Y REAL DE

NAZARENOS DE NUESTRO PADRE JESÚS DE LA PASIÓN, Y NUESTRA MADRE Y SEÑORA DE LA MERCED.

Todavía recuerdo el día en que Pablo me llamó ofreciéndome poder estar hoy aquí realizando esta meditación. Y también recuerdo la respuesta que le dije antes siquiera que terminase de hablar. Hay hermanos mucho más preparados que yo. Soy un triste ingeniero, no soy ningún escritor, ni poeta, ni teólogo, ni pregonero. Como suele acostumar él, solo se le quedó una cosa en la mente, en ningún momento dije un rotundo no a la pregunta, y como ya es habitual, no hace falta decir que sí para acabar haciendo algo. Pese a ello, no me sale otra cosa que dar las gracias.

Querido Pablo, gracias. Gracias por esas bellas palabras, que espero no desmerecer en esta noche con una humilde meditación. Muchas gracias a ti y al resto de la Junta de Gobierno, por darme la oportunidad de contemplar desde esta posición al Señor de Pasión, y poder daros una palabra con la que acercarnos a Él. Gracias también a todos vosotros, los hermanos que forman los pilares de esta nuestra casa, en especial al grupo joven del cual formo parte.

COMIENZO MEDITACIÓN

“Y si vienes y le rezas, a Pasión con humildad, comprenderás su grandeza de los pies a la cabeza la perfección sin igual, y repetirás conmigo, solo le falta hablar”

Con estas palabras pregonaba en su momento Rafa Serna la Semana Santa a la ciudad de Sevilla. Y no, aunque se pudiese estar toda esta noche hablando de pregones, cofradías, hablando sobre cómo plasmó Martínez Montañés la imagen de Dios en el Señor de Pasión, no he venido a hablar de ninguna de estas cosas (al menos en este momento, una vez que acabe la meditación ya veremos).

Hoy quiero adentrarme en el comienzo de esas palabras, “*y si vienes y le rezas*”, porque el Señor nos espera aquí en su capilla, acompañado por su madre, Nuestra Señora de la Merced. Espera que demos el paso que nos acerque a Él, que respondamos a la llamada. Esa llamada que nos hace continuamente a la misericordia, al amor entre sus hijos que son nuestros hermanos, y que en tantas ocasiones nos cuesta responder. Él nos espera con los brazos y el corazón abiertos, demostrándonos el inmenso amor que tiene por cada uno de nosotros, porque no es solo para todos, sino para cada uno. No nos llama porque estemos en una lista, no somos un número más, nos llama por nuestro nombre, porque nos conoce de una manera íntima, porque nos ama hasta en el detalle más ínfimo de nuestro débil ser, y nos elige para seguir sus huellas en un camino de santidad.

Pero en nuestro momento de debilidad, cómo acercarnos si nos sentimos como el hijo pródigo que ha renegado del padre, que ha roto todo vínculo con él, y aunque sabemos que él quiere perdonarnos y celebrar nuestra vuelta a su encuentro, estamos avergonzados por el mal que hacemos. El demonio que se ha arraigado en nuestro corazón nos hace sentir que no merecemos su perdón, que somos los pecadores más grandes del reino, pero el Señor está por encima de eso. Está muy por encima.

Como el padre cuando llega su hijo, el Señor no nos deja sufrir una vez nos acerquemos, nos ayuda, nos levanta, nos perdona... Únicamente debemos venir y, pidiéndole ese sincero perdón que nos salva, rezarle con humildad. Pero Señor ¿qué te digo si no se hablar? ¿Cómo poder hablarte si siento que no tengo nada bueno que contar? Qué difícil se nos hace reconocer nuestro fallo, y más cuando es ante nuestro Padre celestial. Menos mal que no solo era verdadero Dios, sino también verdadero Hombre, porque tanto era el amor, que se hizo hombre para conocer nuestras molestias y debilidades. Menos mal que sabiendo que caeríamos una y otra vez, que aun sabiendo que somos sus hijos y su bondad es infinita, nos empeñaríamos en nuestro fallo al alejarnos de su lado. Menos mal que Él es el origen de la sabiduría y nos dejó una manera en la que podríamos volver a hablar con nuestro Padre.

“Maestro, enséñanos a orar” una simple petición que unos pobres hombres de Galilea te hicieron desde su conocida debilidad. Un momento en el que con humildad se acercaron a ti para intentar hablar con Dios. Y desde la humildad y la caridad llegó la respuesta, una simple

respuesta que enseñó a hablar al Padre a través del Hijo, simple, pero con tanta fuerza que a través de unos pocos llegó a muchos. A través del tiempo llegó a la humanidad entera reunida en su nombre.

¿Y en esta humanidad dónde me hallo? En este tiempo que he oído de ti, ¿te he seguido o me he escondido? En la oscuridad se halla mi muerte, y obcecado en mi voluntad te he perdido. Entre esa marabunta de dolores, una suave brisa levanta la negra nube que me ciega y logro ver una luz que inunda mi corazón. Una cálida luz que me embriaga, que hace levantarme y seguirla hasta una nube de plata sobre la que se levanta tu figura. Veo tu rostro y no puedo ver nada más.

“Padre nuestro que estás en el cielo”

Todo comienza contigo Señor.

Les diste la fuerza y voluntad a mis padres para decirte que sí, y tu seguiste construyendo sus caminos para que pudiera estar hoy aquí encontrándome contigo, Rey mío y Dios mío.

Como un padre has velado por mi día y noche, sin yo reconocerlo, y ahora que te veo delante sigo sin conocerte, pues no te he acogido todavía. Con celo guardo mi corazón demasiado lejos del tuyo. Aún no te he presenciado en mi vida, porque sigo ciego por la vergüenza de conocerme en la rutina.

Al igual que te diste a conocer a los discípulos, te manifiestas delante mía queriendo quitarme la vida, y yo al igual que ellos, no estoy seguro de dártela para que seas tú el dueño y darme a cambio el ciento por uno del que hablan los Evangelios. Sin embargo, ya me has cautivado. Al igual que hiciste con Pedro y el resto de los 12 en Galilea, has venido queriendo renovarme y convertirme en aquello que mejor lleve tu mensaje. Déjame seguirte y escucharte, déjame conocer a ese hombre que promete quitar mis males, para conocer a ese Dios que está deseando de glorificar mis pesares.

Señor, todavía no te conozco, pero solo con lo que he escuchado de ti, solo con lo que he visto hacer en tu nombre, me agacho a recibirte entre palmas como ya hicieron las gentes de Jerusalén, de manera que puedo dedicarte:

“Santificado sea tu nombre”

Ahora me encuentro solo ante ti, aquí me tienes. Señor, si eres realmente tú, ayúdame a creer, pues soy como Tomás, que necesito verte en cada momento para vivir contigo, necesito que me hables. Muéstrate como Dios verdadero, transfigúrate como hiciste con Pedro en este momento y no volveré a dudar de tu presencia.

(Silencio)

Inamovible imagen de santidad. Desde la humildad misma me recibes, pese a mi soberbia de creer que estoy por encima tuya. Santo eres Señor, pues solo desde la santidad has podido cargar con ese madero para salvar a personas como yo. El Hijo de Dios podía tener el mundo a sus pies,

y en un sencillo hogar fue a realizar la gran tarea de salvar a toda la humanidad.

Ante esta imagen te rezo, y elevo mi plegaria esperando encontrarte. He visto el mundo en el que me hallo, y deseo estar contigo, pues ante un hambre de esperanza y vida solo tú Padre eres capaz de realizar el milagro de transfigurar la realidad para mostrar la gloria que nos depara. Parece que solo contigo se puede alcanzar la plenitud que veo en tan pocos afortunados. Dando un paso a esa santidad que muestras, quiero creer en que junto a ti Señor aliviaré esta sed, por ello:

“Venga a nosotros tu reino”

Tu reino que es como un grano de mostaza, así me lo enseñaron. Un grano de mostaza que pasa de ser el más pequeño al árbol más grande. Señor, tú te hiciste el más pequeño siendo el mismo Dios, quisiera parecerme a ti. En ese mundo deseo estar. Donde reine la paz y cada uno sea el siervo del otro. Donde todos pongan su corazón en disposición a la santidad, siguiéndote a ti y dejando atrás su orgullo. Haciéndose el más pequeño entre sus hermanos convirtiéndose así en el más grande cristiano, en aquel que llena su corazón con la semilla de tu Palabra teniendo la fe más fuerte, capaz de transformar aquel corazón por el que pase.

En mis fuerzas quiero convertirme como ese grano, pero sin fuerzas me encuentro para tal hazaña. Convertir la pereza en diligencia, el bien en mal, la soberbia en humildad, harto complicado para tan poco cristiano. Mi espíritu no falta, mi querer insuperable, o eso creía, pues en el momento que

intento llevarlo a cabo mi espíritu languidece, mi boca enmudece y mis fuerzas desaparecen. Quiero ser ese siervo que lleve a cabo tu Palabra, pero yo no soy capaz.

Si tan noble intención es, si mis planes parecen los mejores para superarlo todo y aun así soy incapaz para ello, no me queda otra. Me rindo ante ti, no soy capaz de elegir por mí, no puedo pensar ni crear nada suficientemente bueno para seguir. Mi camino no es suficiente para hacer llegar ese reino, por ello me desprendo de mi idea esperando ponerme en tus manos.

“Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”

Señor de Pasión, tú estás preparado para caminar, ya estás marcando la pisada con la que debemos continuar. Tú eres el Camino, el que me deja las huellas del sendero iluminado, ese sendero en el que las sombras no tienen cabida. He intentado marcar el camino, pero solo conduce a la oscuridad, quiero dejarme guiar por tu marcha, detrás de esas zancadas que se graban por el peso de la cruz que llevas a tus espaldas, el peso de todas esas almas que confían en ti y te dejan llevar sus vidas.

Te dejo mi vida en tus manos. No te puedo asegurar que siempre vaya a querer aquello que me deparas, ni siquiera que lo vaya a soportar, pero si estás a mi vera intentaré dar ese paso de tu camino, pues tú que eres la Verdad, sabes que soy débil y apenas puedo aguantar. Sin embargo, Señor, desde pequeño te he visto en cada estación de la Pasión, aun siendo recibido entre palmas, has sido traicionado, capturado, despreciado, atormentado, abofeteado, torturado, asesinado, ... pero tú ya lo sabías. Sabías lo que

te esperaba. Pero siempre confiabas, lo dejabas todo en manos del Padre. Estabas asustado y querías que ese cáliz pasara, pero debías beber y así lo hiciste.

Enséñame, Señor a aceptar tu voluntad.

Pero no me dejes solo ante la adversidad, no soy capaz de nada sin tu ayuda, necesito que estés a partir de ahora junto a mi más que nunca, pues ya te he conocido y me he decidido a ser cristiano y seguirte. Todavía no me veo cargando maderos y soportando latigazos, gracias a ti no voy a pasar por aquello que sufriste, pero mi cruz es diferente, es una nimia cruz en comparación y aun así no puedo cargarla, necesito sin duda que me des la fuerza para echarla a mis hombros y convivir con ella.

“Danos hoy nuestro pan de cada día”

Dame el alimento que necesito para continuar este viaje, para cuando salga de aquí, para cuando no te encuentre delante pueda seguir viviendo y acordarme de tu imagen. Recuerdo esa orden que dejaste, de dar de comer al hambriento y de beber al sediento. Pues yo hoy tengo hambre de ti Señor, y cada vez que encuentre un bache en el camino, necesito tu alimento. Ese alimento que solo tú puedes darme, para alimentar mi alma y obtener las fuerzas para seguir adelante. Si quiero hacer cumplir tu Palabra, necesito escucharla y llenarme de ella antes de poder aplicarla y compartirla, necesito saciarme de tu espíritu, porque quiero llevar esa Palabra y alimentar a los que realmente pasan hambre, poder salir por esas puertas dando testimonio de que me he encontrado contigo y anunciarte. Quiero recibirte Señor y formar parte de tu mesa al igual

que los discípulos en el cenáculo, la noche en la que empezó tu Pasión, donde te nos distes como pan y vino, haciéndote humilde nuevamente para que todos pudiésemos estar en comunión contigo.

...

Padre, convencido estoy de quererte en mi vida, después de haberte visto y poder hablado contigo, tengo claro que quiero que seas su centro, pero todavía no estoy preparado. Ahora que te conozco, quiero serte sincero. Ante ti me desvisto y te enseño mi vergüenza, no he sido un buen Hijo tuyo. Te he visto y te he evitado, te he oído y he cerrado mi oído, frente a tu bondad he elegido y obrado mal. No soy ningún santo, y si quiero llevar tu nombre, primero debo decirte la verdad, soy un pecador. He ido en contra de tu palabra y me siento sucio. En el fango estoy hundido y encuentro mi final, pero he visto que tú eres la salvación. No soy nada y arrepentido te pido señor que me escuches y me salves. (...)

“Perdona nuestras ofensas como también perdonamos a los que nos ofenden”

Perdóname, Padre, porque he pecado contra ti.

Tú solo me has amado y yo he ido en contra tuya.

Me arrepiento tanto del mal que he hecho, del daño que he provocado a mis hermanos, daño que ha llegado a ti al herir a tu hijo. Y no noto enfado en tu mirada, sino misericordia. En ti, Señor de Pasión veo las mismas entrañas de Dios, la misericordia con todos nosotros. Veo el rostro de un

cordero que es llevado al matadero, así te trataron al llevar al Hijo de Dios, al Mesías, al Salvador, directo a una muerte de cruz, la peor muerte para el peor pecador. Y tú Señor antes de morir hiciste aquello que te delata como Hijo de Dios, pedirle al Padre que les perdone porque no sabían lo que hacían. Les perdonaste tu propia muerte. De la misma manera me miras queriendo perdonarme. Siento que puedo contarte todo aquello que me pese, que tú ya has pagado por el mal que he cometido, y me perdonas buscando que me reconcilie contigo.

Enséñame a ser así, a no juzgar a mi hermano, a no rendirle cuentas ni creer que soy superior por no haber cometido su mismo error. Enséñame a agacharme con humildad como tú haces cargando la cruz de todos nuestros pecados, a ser como ese cordero llevado al matadero mostrando mi otra mejilla, y no llevarme por el egoísmo ni la soberbia creyendo que mi hermano es un vulgar pecador que no merece mi perdón. Todo lo contrario, mi hermano está más cerca de la santidad que yo, y quiero perdonar sus faltas con tu ayuda, al igual que tú me perdonas las mías.

Señor, gracias por haberme llamado, gracias por dejarme estar aquí y haber podido hablar contigo. Ahora sé que siempre has estado conmigo y simplemente no he prestado atención suficiente para poder verte, y eso justamente me preocupa. Volver a como estaba antes, no puedo volver a vivir sin vida, a estar en tus cosas, pero no estar contigo. Señor, ayúdame a no volver a caer en la rutina del mundo que me ciega, de seguir mi camino como si no hubiese cambiado nada el haberte conocido.

“No nos dejes caer en la tentación”

No dejes que vuelva sin cambiar, si de nada sirve el haberte visto, el haberte escuchado, el haberte rezado, de nada sirve lo que hago. No dejes Señor que vuelva a enquistar mis males sin dejar que tú me los sanes, abriéndome a ti y tu perdonándome. No dejes que endurezca otra vez mi corazón y me separe de ti hasta el punto de olvidarme de quién eres. Ya te he conocido y volvería a conocerte mil veces, pues soy como la oveja perdida, como el hijo pródigo que vuelvo al encuentro con el Padre, y sé que tú Señor de buena gana volverías a acogerme sin necesidad de mi palabra, que en el momento que quisiera decirte lo mal que he obrado, tú ya me habrías perdonado y tu amor superaría mis barbaridades. Pero quiera Señor quedarme en tu casa, vivir en tu reino y no separarme hasta que tú no me lo mandases.

Por eso Jesús de la Pasión, no dejes que caiga en la tentación de separarme de tus pisadas, de no extender mis manos al que las necesitara, de levantar la cabeza más que para ver de nuevo tu mirada, de abrir los labios si no es para seguir tu enseñanza, de intentar soportar en mis hombros aquello que solo tú cargas, de ensombrecer mi corazón frente a la luz que del tuyo emana.

Al igual que tú pudiendo demostrar quien eras, siendo tentado para mostrar a todos que eres el Hijo de Dios y evitar el sufrimiento y la muerte al que fuiste sometido, no caíste, ayúdame a mí a no caer en lo que el demonio me pone por delante.

Y por último Señor, te pido que, reconociendo mi debilidad, solo no dejándome caer en la tentación seguramente no baste, pues llegaría el momento que intentase evitarla estando solo. Te pido Señor que me siempre estés conmigo, que mi vida sea la tuya y mi corazón tu casa, pues contigo el mal no se atrevería a anidar en mi morada.

“Líbranos del mal”

Líbrame de todo aquello que me separe, y podré vivir con tu nombre por estandarte, siendo tú el dueño de mi vida, y yo el huésped que descansa en ti, ayudándote allí donde me mandarás.

Ahora Señor, me toca irme de tu imagen y de tu capilla, pero no finaliza aquí este encuentro, pues ahora me toca ser apóstol y en tu nombre gritar a los cuatro vientos que tú eres Dios, y que tienes algo que decir al mundo entero. Pues allí Señor es donde tú me quieres mandar y así lo prometo.

(...Silencio...)

Tiempo ha que nos encontramos, desde esa visita en la que te conocí han ocurrido muchas cosas, y ahora me toca emprender un camino junto a mis hermanos para encontrar tu reino junto a tu Iglesia y el resto del mundo.

Al igual que preparastes el camino para que te encontrase en su momento, nuevamente preparas el acontecimiento en el que poder estar contigo, y esta vez descubrir que ningún

miedo debe invadirnos pues no estamos solos en esta gran tarea pendiente.

El ansia por volver a verte es la que me mueve, y el tenerte como guía es mi defensa para mover a mis hermanos a seguirte allá donde sea. Ya habrá tiempo para el sueño, en la misma noche comenzamos este camino, plagado de oscuridad al igual que empezó todo. *“Las tinieblas sobre la faz del abismo”*. Tras todo lo que ha sucedido, con el tiempo que ha pasado desde el momento en el que hablamos, he vuelto a caer y me estoy ahogando. Tengo el corazón endurecido y necesitado, pero esta vez es diferente. Ya no empiezo como ese pequeño asustado que te había oído, pero no escuchado, ahora Señor se quién eres. Por eso no puedo esperar, me humillo ante ti abriéndome en canal y te pido junto a mis hermanos:

“Líbranos del mal”

Cualquiera podría pensar que, si vamos a tu reino y, en tu nombre estamos todos, nada podría pasar, pero justamente por eso te lo pido, porque es cuando más ganas tiene el mal de triunfar. Y dejando la noche del camino, al despuntar el alba me acuerdo de que con tu Palabra basta para borrar las tinieblas (*“Sea la luz; y fue la luz”*).

Si antes empezaba conociéndote y acababa abriendo mi corazón, en esta ocasión me abro ante ti primero, pues de urgencia te necesito y en tus manos me encomiendo. Pues tarea difícil me aguarda en lugares desconocidos y aunque así se sintieron muchos antes mi corazón se inunda del miedo, pero confío en que tú nos guardes.

Por eso Señor, te pido que no solo libres nuestros corazones de esa tiniebla que nos impide verte, no solo la apartes, porque pese a que tú nos la quites del camino, nosotros bien necios podemos alejarnos y caer por los bordes de tu sendero. Al filo me encuentro y te pido que me sostengas, no dejes que caiga.

“No nos dejes caer en la tentación”

Ya nos estás protegiendo para que el mal no aceche en nuestro lugar, pero en tu amor está nuestra libertad. Desde esa libertad que nos das puedo abandonarte, pero conociendo la verdad, no quiero separarme.

Conociendo lo que me depara fuera de tu lado y conociendo lo que tú me tienes preparado, seguiré escogiendo tu camino, y mientras tú me lo permitas y me des las fuerzas y la fe necesarias para seguirlo allí estaré, no dejes que me separe.

Ya estamos llegando, ya está todo listo para desembarcar en la que durante una semana será tu ciudad. Nadie dijo que sería fácil pero aquí estamos, fuera de la comodidad de nuestro hogar, quitándonos los privilegios que tenemos por tu gracia, y que muchas veces no somos conscientes de que son regalos que diariamente nos das.

Muchas incomodidades que nos harían abandonar, lejos de nuestra familia y de nuestro hogar, sin ningún lujo que poder aprovechar. Pero haciéndonos fuertes en ti eso no supone ningún problema, hay mucho que ganar si continuamos buscándote.

En esa búsqueda la convivencia siempre supone roces, nos enfrentamos y peleamos viendo quien es el más grande de

los hermanos, pero de polvo venimos y en polvo nos convertiremos, no cabe la disputa cuando sabemos hacia donde vamos.

“Perdona nuestras ofensas como también perdonamos a los que nos ofenden”

El amor nace cada día de tu corazón y nos lo regalas para que podamos estar en comunión conviviendo en hermandad, el perdón es lo que más se repite diariamente cuando te dejamos en el centro y echamos fuera la soberbia que nos hundía. Cerca de esa torre que nos señala donde viniste al mundo, en Belén de la forma más humilde, un parque del perdón en donde todos nos reconciamos diariamente contigo y nos hacemos polvo para que tu moldees nuestra vida y podamos perdonar al hermano. Me disculpo si he obrado mal y perdono a quien por entonces me haya ofendido, porque desde el momento en el que sucedió, me olvidé para dejar paso a la misericordia y que pudiésemos seguir siendo hermanos que buscan al Padre. Espero Señor que nos perdones nuestras faltas al igual que entre nosotros nos perdonamos gracias al Espíritu Santo, el que nos guía y nos acompaña.

Ya estamos aquí, el mal no nos acecha, y con tu gracia seguimos tu camino conviviendo como buenos hermanos, ahora Señor, necesitamos de tu Palabra. Al igual que el Pueblo de Israel en el desierto, en tierra lejana, necesitaba el maná que les alimentase, te pido que nos des el alimento que nos sacie.

“Danos hoy nuestro pan de cada día”

Ya tenemos cubiertas las necesidades humanas, hay alimento y agua que nos llena la materia, pero nos queda lo más importante, el alimento del alma. Cada día nos despertamos dándote gracias, acordándonos de que tú has hecho posible que cada uno viva y hayamos llegado hasta aquí.

Tras levantarnos y darte gracias, empezamos buscándote en la Palabra. Desde el lugar donde nos acoges, empezamos a caminar hasta el encuentro en el que nos alimentas. Toda la mañana para escucharte y compartir con el resto de los peregrinos tus enseñanzas.

El banquete que nos regalas que no se detiene hasta que nos sacia, y cada vez que te necesitamos, ahí estás para que no faltase nada.

En mitad del camino, un momento de pausa, un día en el que nada sale como esperaba. Una palabra tuya se me guarda, *“hasta donde puedas, no te pido más de lo que tú no eres capaz”*. Hay tantas cosas, y tan poco que pueda hacer, que una noche no aguanto más, me retiro en mi soledad porque necesito hablar contigo directamente. Señor, no sé qué quieres de mí, tú me has pedido que haga esto y no sé qué más puedo hacer. Dejo que se abra paso la corriente, y entre el cariño de mis hermanos que quieren que no me quede en la soledad, tú me vuelves a enseñar que sin ti nada puedo. Una brisa suave vuelve a mover las ramas de los árboles donde se posan mis planes, y recuerdo esas palabras *“hasta donde puedas, no te pido más de lo que tú*

no eres capaz”. Yo no soy capaz de más, así que me hago fuerte en ti.

“Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”

Si hasta aquí hemos llegado no ha sido para imponer nuestros planes. Nos abandonamos a aquello que tú nos mandes. Multitud de vías para seguir y solo una en la que encontrarte. Que sea tu voluntad la que guíe a esta juventud que se pone en marcha. Muchas formas tenemos para seguir descubriendo este encuentro, pero, ante todo, siguiendo tu sendero. En ese camino donde hay tiempo para todo, silencio para hablar contigo, escuchas para conocerte de una manera más profunda, oportunidades para servir al necesitado, y muchas más formas, pero todo ello con un centro común, la alegría de ser Hijo de Dios. La alegría del cristiano, que aun siendo serio nunca puede ser triste, porque en tu voluntad está nuestra felicidad y así lo estamos expresando, en tu voluntad está nuestra alegría y no llego a divisar otra cosa en los rostros que encuentro allá por donde llegue mi mirada. Desde niños hasta ancianos solo te veo a ti detrás de cada sonrisa, como si hubieses bajado durante una semana para reunirte con nosotros y darnos un anticipo de lo que nos espera.

“Venga a nosotros tu reino”

Porque ese reino se debe parecer a lo que aquí estamos viviendo. Si no con qué otro nombre se podría conocer al lugar donde nos reunimos todos los cristianos para conocer la realidad de cada uno. No se ha podido elegir mejor y estoy seguro de que algo has tenido que ver. La ciudad de la alegría, donde todos los jóvenes cristianos nos reunimos

para ver cómo Dios has obrado a lo largo de todo el mundo, y vemos la fe de cada uno siguiendo en su vida tus enseñanzas hasta el punto de dar la vida en los casos que se necesitara. Entre ellos estamos nosotros, juventud mercedaria, divino tesoro que un día tu madre nos regalara, seguir tus huellas liberando en tu nombre todos aquellos corazones cautivos porque no se han encontrado con el Padre.

Pero ese reino no solo es la alegría del encuentro, podemos tenerlo porque tú te has sacrificado. Por eso te recordamos en esos momentos, en el camino de la cruz, donde te diste como el cordero del sacrificio para la salvación universal. Escuchamos la voz de los más pobres, aquellos que nos pides que guardemos, y vemos el sufrimiento que hemos permitido y del que no debemos ser ajenos. Dar la vida por el prójimo, eso es lo que nos has enseñado, ese es también tu reino, y eso es lo que esperamos.

Te vemos nuevamente morir, nuevamente nos perdonas y nos amas, y ante eso solo puedo decir junto al resto:

“Santificado sea tu nombre”

Y la última prueba de ello es la espera de todo este tiempo para la última noche volver a verte. Tú fuiste camino del Gólgota cargando con tu cruz, y nosotros caminamos hasta llegar a la tierra donde finalizar todo encontrándonos contigo una última vez antes de marcharnos. Tú moriste en aquella montaña y nosotros esperamos verte resucitado. Tras el día abrasador en la espera, llegó la noche en la que te hiciste paso.

Toda la juventud del mundo reunida en tu nombre, y como pan te diste así te recibimos, con tu vicario el papa Francisco te mostraste delante nuestra. Todos arrodillados y no hubo ni un alma que rompiese el silencio, como si el mismo cielo se hubiese abierto para que durante un instante conviviésemos cielo y tierra ante tu presencia, en el Santísimo Sacramento te adoramos y te bendecimos, que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Por fin vuelvo a verte, y seguiré empeñado en buscarte, porque todo termina contigo Señor.

“Padre nuestro que estás en el cielo”